





Fue en las clases de dibujo, en el primer año de carrera, cuando descubrí por primera vez la obra de Patxi Mangado. Los profesores del departamento que en aquel entonces dirigían la asignatura escogieron el Museo Arqueológico de Álava como ejercicio práctico para el curso, forzándonos tozudamente a dibujar cada espacio y a observar los detalles que aquella obra escondía. Casualmente este enero, años más tarde, llegué a Pamplona con tal de empezar las prácticas profesionales en su estudio y acabar mi etapa estudiantil, cerrando de este modo un curioso círculo de aprendizaje.



Incorporarme al equipo fue cosa ágil y cómoda. Un par de veranos atrás participé en el Campus Ultzama donde Patxi, muy amablemente, me enseñó la oficina y todos los espacios de trabajo. En cierto sentido ya conocía el lugar de antemano.

El estudio era un rincón profundo y algo oscuro. Al fondo, buscando la luz de un pequeño patio, se agrupaban las mesas, los ordenadores y los flexos.



La presencia de Patxi en la oficina era algo habitual, casi constante, lo que permitía establecer con él una relación muy próxima e intensa sea cual fuese la tarea a desarrollar. Su control y perseverancia, algo típico en su forma de trabajar, han hecho del día a día una experiencia de aprendizaje directa y privilegiada regalándonos -a los nuevos y no tan nuevos- breves lecciones de arquitectura que solía repetir con vehemencia.

Así pues, incapaz de esconder su vocación docente, acostumbraba a invitarnos a consultar su biblioteca, un lugar pequeño y estimulante donde apilaba libros y conocimientos de forma compulsiva.

Su trato cercano también aparecía en los momentos más distendidos. A pesar de lo breve de la beca he tenido la suerte de compartir con Patxi numerosos viajes y visitas, lo cual me ha permitido humanizar aquella figura de arquitecto que tanto había estudiado en la facultad.



Uno de los trabajos con los que empecé y que ocupó gran parte de mi periodo de prácticas fue un proyecto conjunto llevado a cabo en Oviedo y en Gijón. Se trataba de intervenir en grandes parcelas que tiempo atrás acogieron actividades industriales -como la producción cerámica o la distribución de gas- y que, tras años de abandono, acusaban una fuerte degradación.

El ámbito de trabajo era grande en ambas localizaciones, imponiéndose la escala de la ciudad y la reflexión sobre lo urbano. Así pues los proyectos derivaron en la modificación de los Planes Generales de ambas ciudades y en la redacción del correspondiente -según el caso- Plan Especial y Estudio de Detalle.

A pesar de la naturaleza eminentemente urbana de los proyectos, Patxi orientó el encargo desde la propia arquitectura, haciéndonos proyectar todos y cada uno de los edificios que componían ambos conjuntos. El estudio de la ciudad supuso entonces también una oportunidad valiosa para reflexionar entorno a la vivienda y a la tipología, operando de forma simultánea con muy diferentes escalas, yendo desde lo más sistémico hasta lo más particular.



Otro proyecto que pude desarrollar, en este caso en forma de concurso, fue el Centro de Congresos de Alicante. Se trataba de un programa profundamente conocido en el estudio, y así lo refleja su obra construida. Este encargo fue para mí un pretexto perfecto para estudiar toda la genealogía de auditorios que Patxi había concebido a lo largo de los años, una tarea de comprensión y análisis enormemente enriquecedora.

El proyecto se ubicaba en el puerto de la ciudad, repartido en dos de sus extensos muelles, presentando como principal condicionante la cercanía del agua que dificultaría la construcción bajo rasante y, en consecuencia, la distribución de gran parte del programa. En el transcurso del trabajo se hizo un esmerado estudio de la volumetría, explorando un sinfín de variantes que nos acercarían de forma obstinada a la solución más coherente.

Así pues, a parte de ser un privilegio conocer cómo se conciben este tipo de encargos desde dentro y al más alto nivel, el proyecto supuso también un ejercicio útil y atractivo acerca del estudio de la forma.



El carácter reducido del equipo permitía descubrir y conocer no solo los proyectos que uno mismo abordaba, sino también aquellos que incumbían a los demás compañeros. Era precisamente en los momentos informales, durante un descanso o tomando un café, cuando se producían intensos y sesudos debates acerca de cualquier trabajo que tuviéramos entre manos.

Porque este fue, sin duda, otro de los privilegios que me ha podido brindar la beca: poder formar parte de un equipo de grandes profesionales, verdadero esqueleto del estudio, que me ha acogido y orientado a lo largo de toda mi estancia. Su inmensa capacidad de trabajo, humanidad e implicación han sido para mí un poderoso estímulo de cooperación y compañerismo, un ejemplo digno al que aspirar del cual no sólo saco profundas lecciones de arquitectura, sino también grandes amistades.



Más allá de lo estrictamente profesional, la beca me ha permitido también recorrer a conciencia la comunidad de Navarra y otras zonas del norte de España, regiones que hasta entonces, debido a la lejanía, no había podido visitar de forma sosegada. Así pues, esta etapa me ha regalado momentos sugerentes de exploración y descubrimiento, conocer nuevas arquitecturas, lugares y costumbres que han pasado del papel a la experiencia y que han complementado, casi de forma romántica, unos días que siempre recordaré con afecto.





